

limpiaron, y en la noche del 21 de diciembre pisaron tierra española para llevar á ella infausta guerra, Ollo como comandante general de Navarra, Argonz de jefe de E. M. y Pérula de coronel de caballería. Atravesaron la carretera del Baztan por el puerto de Osondo y los montes de Bertiz y fueron en una marcha hasta Alcoz, pequeño pueblo de la Ulzama, donde llegaron muy estropeados y no muy satisfechos del armamento que llevaban. Siguiéron á Echauri el 22, cruzando los en invierno intransitables caminos de la Ulzama, dejando á Irurzun y Barranca á la derecha, y á la izquierda á Pamplona, que la veían bien, y por la carretera marcharon hasta Asiain, cuyo puente y río pasaron para tomar el camino de Echauri, donde descansaron proveyéndose de calzado y raciones. El 23 fueron á Salinas de Oro; no se atrevió Ollo á ir á Sesma, como propuso Pérula, á desarmar los voluntarios de aquel su pueblo natal; se les incorporó Senosiain, que cuatro días antes había sostenido un encuentro con una columna de Estella en Ollavarren, impidiendo á la fuerza liberal apoderarse de Gaunza, donde fechó el carlista el parte de este hecho de armas, del que ninguna noticia dió el gobierno, é iban con Senosiain, otros con unos 40 voluntarios, entusiasmándose todos tanto, que se creían invencibles y capaces de acometer las mas difíciles empresas.

Decidido al fin por los carlistas el desarme de los voluntarios de Sesma, después de descansar tranquilamente en Abarzuza, fueron á Arnoniz, enviando antes cuatro jinetes á apoderarse de la dula al anocheecer, que es cuando volvian las caballerías al pueblo, y alojados Ollo, Argonz y Pérula en la casa del brigadier liberal don Fructuoso de Miguel, allí preparó Pérula su expedición, que emprendió á las once de la noche con solo cincuenta hombres, rindiendo á mayor número, mas por la astucia que por la fuerza (1). Después de este golpe de verdadera audacia, se unió con Ollo en Nazar y Asarta, y los cuatro últimos días del año los pasaron marchando y contramarchando cómodamente, bien racionados, con treinta caballos ya equipados con lo que cada uno pudo coger en los pueblos. Aunque eran pocos, valian mucho los servicios que empezaron á prestar: verdaderos hulanos, eran el orgullo de su jefe, y admirábanles los mismos carlistas, entre los que se encontraban tambien hombres dispuestos siempre á las mas temerarias empresas.

En el campo liberal, en tanto, habíanse efectuado las elecciones para diputados, triunfando el gobierno, como es costumbre. Inclínose mas á los republicanos que á los conservadores. Los alfonosinos quedaron en exiguua minoría, y los carlistas no tomaron parte en aquella lucha, prefiriendo la de las armas.

El 15 de setiembre se efectuó la apertura de las Cortés, leyendo el rey un largo discurso, en el que recordaba que de

(1) «Llegó á las tres de la madrugada á la tejería de Sesma; mandó un confidente para adquirir noticias de los voluntarios, supo que estaban apercebidos para la defensa con abundantes municiones llevadas de Pamplona; le hizo esto vacilar, se decidió al fin á entrar en el pueblo, distribuyendo oportunamente su gente, y ya de día y temiendo la llegada de alguna fuerza de Estella, que le obligara á desistirse de una empresa que cada vez consideraba mas temeraria, intimó la rendición por minutos sin que contestaran ni disparasen un tiro á tal audacia: envió á un concejal que pudo hallar por la contestación, la cual fué que querían hablar directamente con Pérula, y arrojando este la oposición de un voluntario, fué acompañado del sargento primero don Ildefonso Vergara; se abrió la puerta del fuerte, bajo palabra de honor, contestó el jefe á la intimación del carlista que no se rendía si su fuerza quería defenderse; le reiteró la brevedad de la consulta, pues de lo contrario ordenaria romper el fuego ó incendiar el edificio, y al fin se rindieron ordenando un tiro de treinta y siete ó cuarenta carabinas minié magníficas, con abundante repuesto de municiones, dos caballos, dos cornetas y otros efectos.»

»Formadas en la plaza ambas fuerzas, pudieron comprender los rendidos que no les hubiera sido personalmente infructuosa la resistencia, aun cuando les hubieran sitiado mayor número de carlistas. Arengó Pérula á todos exhortándoles á la unión; no permitió el menor desman, ni se derramó una lágrima á pesar de lo excitado que estaba el vecindario, y sin descansar un momento y saludar apenas Pérula á su esposa é hijos á quienes hacía tanto tiempo no habia visto, abandonó el pueblo, llevando un buen surtido de raciones.»

*Historia Contemporánea, etc.*

la voluntad nacional procedía su derecho, que en los representantes del país y en el rey se simbolizaba la alianza de la monarquía con el pueblo, al que amaba y á sus instituciones; deploraba no poder anunciar el restablecimiento de las antiguas relaciones con la Santa Sede, aunque no desconfiaba conseguirlo: que habia conocido en el viaje que acababa de efectuar, las necesidades de los pueblos, que satisfaria, pagando así las muestras de afecto que le habian prodigado; que sin acudir á medios extraordinarios, merced al valor y disciplina del ejército, se habia restablecido casi por completo la paz; que altas razones le habian aconsejado una vez mas usar de clemencia con los rebeldes, y para evitar la impunidad del rigor mismo de las leyes, presentaría el gobierno un proyecto de ley y otros para la isla de Cuba, además de las medidas que se habian dictado para terminar la guerra, llegando para aquellas Antillas la hora de la libertad y de las reformas; llamaba la atención sobre el estado de la hacienda; que el Código penal, las leyes que regían como provisionales y otros varios proyectos serian sometidos á las Cortés; que el gobierno se ocupaba en plantear muy en breve la ley de enjuiciamiento criminal y el jurado; que volvería á presentar el proyecto de ley sobre dotación de la Iglesia; otro para dotar al país de material de guerra; que el servicio de las armas seria obligatorio y se proponía la abolición de las quintas y matrículas de mar, etc., etc.

Presidiendo Rivero el Congreso y el Senado Figuerola, comenzaron sus tareas aquellas Cortés, en las que no tenian asiento Serrano, Sagasta, Cánovas, Ríos Rosas, Topete, Nocedal, Aparisi y otras eminencias. Solo podía temer el gobierno la oposición de los republicanos, que esperaron el cumplimiento de las ofertas que se les habian hecho, viéndolas en parte defraudadas en breve; y aunque se quiso distraer la atención acusando al ministerio Sagasta por la dichosa transferencia de los dos millones, no dió al gabinete el resultado que buscaba, y no era tampoco muy conveniente tal discusión, ausente del Congreso el principal acusado. No estaba bien elegido el asunto, que habia ya producido todo lo que podia producir, ocasionando la caída de aquel ministerio; así que la discusión que ahora se promovió dió mas unidad á los constitucionales; pues en la reunion efectuada en el círculo constitucional, hizo suya todo el partido la causa de sus correligionarios.

Discutióse extensamente el mensaje, se formularon multitud de proyectos mas ó menos útiles, se trató de la revision de las hojas de servicio de los oficiales superiores del ejército, reclamada por el apenas interrumpido abuso de los ascensos y perdióse mucho y precioso tiempo en discusiones estériles y apasionadas, en impertinentes preguntas é interpelaciones.

Trataron de aprovecharle los federales: el brigadier don Bartolomé Pozas, á quien veremos poco después sirviendo á los carlistas, y el capitán retirado don Braulio Montejo, promovieron la sublevación en favor de la república federal de la fuerza de guardias, de arsenales y marinería del Ferrol, arrestando al comandante general señor Sanchez Barcaiztegui, sin que hubiera que lamentar desgracia alguna. Acudieron en seguida fuerzas á sofocar aquel movimiento, y conociendo los mismos sublevados lo inútil de la resistencia, huyeron unos en lanchas, otros por tierra, sufrieron algunos el fuego de las tropas, apoderándose estas de unos noventa fugitivos y de 400 en el arsenal; un gran grupo de insurrectos vió disputado su paso en el Seijo por los carabineros que le guardaban; marcharon algunos hacia Puente de Eume, alcanzóles la caballería y fuerza de la guardia civil y carabineros, rompiendo el fuego, y por estar cortado el puente retrocedieron hacia Cabañas, parapetándose en un pinar sobre un elevado cerro, dispersándose después. Así terminó aquel insensato movimiento, quedando mas de mil hombres sometidos al consejo de guerra. Abogó por ellos en las Cortés Figueras, y el comité republicano de la Coruña dirigió á Pí y Margall un telegrama culpándole por el funesto resultado de la insurrección y que para reparar en lo posible el mal que habia hecho pidiera el indulto «para tantos desgraciados, dignos de merecerlos por lo menos, igual interés que os merecieron los carlistas.»

Era justo este interés de los republicanos coruñeses, ya que habian abandonado á sus compañeros del Ferrol, que se vieron aislados, porque desconfiaron muchos de aquel movimiento y de quienes le dirigían: condenado en un principio por el mismo Pí y Margall y defendido después, fué objeto de no pocas dudas y controversias, produjo disidencias en las filas republicanas é hizo que el directorio publicara un manifiesto condenando toda insurrección, porque no dependía de la fuerza el triunfo de su causa. Esta es la buena doctrina. Tenian fe en la eficacia de la palabra, esperaban algo del movimiento natural de los partidos, de las pasiones y debilidades de los mismos adversarios, de los errores del gobierno, y sobre todo, de lo que cundía entre las masas la idea republicana, y tenian razón en no aventurar en un combate inmotivado el éxito de una causa (1).

Si grandes esfuerzos tenian que hacer los republicanos para mantener la unión entre sus filas, el mismo ministerio tuvo que reunir á la mayoría para hacer posible la marcha del gobierno y armonizar las opuestas tendencias de aquellos diputados, que siendo ministeriales, mas entorpecían que facilitaban la acción gubernamental en todos los ramos. Esto mismo alentaba á las oposiciones, arreció la de republicanos y conservadores; se anunciaba descaradamente el pronunciamiento federal de regimientos y provincias; la desaparición del general Contreras, que pretendía indemnizar en republicanismo lo que como moderado hizo contra los progresistas sublevados en Alicante en 1844, produjo gran agitación en los ánimos; la declaración de soldados ocasionó escenas desagradables en Madrid y otros puntos; Castelar, Pí y hasta Bárcia condenaron la actitud intransigente de los que se alzaban en armas contra el gobierno; se trabaron combates en Málaga entre los republicanos y el ejército, y Lara, Estébanez, Rubau Donadeu, Palloc, Quiñones y otros, se pusieron al frente de partidas armadas. Como si todo esto no hiciera sumamente crítica y grave la situación política que se atravesaba, y enfermo el rey, la intemperancia del presidente del Congreso señor Rivero para con el señor Ulloa, produjo un grande escándalo y la retirada de los constitucionales, lo cual no favorecía al gobierno, ni al rey, porque siempre son de trascendencia estos actos, producidos por la intolerancia, la tiranía ó la cobardía del poder.

Quisieron aprovechar esta ocasión algunos individuos de la mayoría para formar un centro parlamentario, porque los que no pueden ser jefes de un partido se afanan por serlo de una fracción, y conociendo el gobierno el peligro, se dedicó resueltamente á impedirlo. Tuvo que reprimir un motín republicano federal en Madrid, pagado, segun es fama, por un opulento capitalista de esta villa,—mas afortunado que inteligente,—con la intervencion de un diputado tan travieso como dichoso, y cuyo movimiento no asustó tanto por lo que era en sí como por las doctrinas que proclamaba en su allocucion y decreto el consejo provisional federativo de Madrid. Si esto no bastara, la cuestion de las reformas en Ultramar produjo una crisis y la protesta de toda la prensa de Madrid, sin distinción de partidos, asociada para defender la integridad de la patria, para lo que se formó tambien la *Liga nacional*, acalorada en su primer desarrollo, y en la in-

(1) Decían llenos de amargura en su escrito: «Teniendo en cuenta todas estas fuerzas y todos estos elementos, nosotros habíamos podido trazarnos una marcha política. Mas, ¿qué política es posible dentro de un partido en que, profesando la idea de que las insurrecciones son siempre oportunas y justas, no falta nunca quien las promueva y las aliente? ¿Dentro de un partido en que hay periódicos casi exclusivamente consagrados á desprestigiar á sus hombres, á quienes dirigen no pocas veces sangrientos ultrajes? ¿Dentro de un partido en que menosprecian muchos los derechos individuales y los parlamentos, y rinden un exagerado culto á la fuerza? ¿Dentro de un partido, albergue constante de agrupaciones anónimas que socavan en las tinieblas la autoridad del Directorio y de las minorías republicanas del Parlamento? Además de fracasar con esto los mejores planes, se mantiene en continua excitación al partido, sin llevarle de ordinario mas que al cansancio, á la fatiga; se le desangra con movimientos aislados, que concluyen por terribles catástrofes; se le aparta de la lucha de las ideas, en todo tiempo y en todo lugar fecunda, y se hace que no vaya con fe y decision ni por el camino de la propaganda ni por el de la guerra.»

fluencia decisiva que posteriormente llegó á tener por el poco recato y la conducta misma de algun ministro. Partidario el señor Gasset de la abolición gradual de la esclavitud, rechazaba como inoportuna la división de mandos en la isla de Puerto-Rico, y no pensando así la mayoría del gabinete y la de las Cortés, dimitió, sustituyéndole don Tomás María Mosquera que se apresuró á presentar al parlamento un proyecto de ley para la abolición de la esclavitud en Puerto-Rico, cuyo preámbulo honra á su autor. Tambien dimitió el señor Ruiz Gomez pasando á Hacienda el señor Echegaray, y á la vacante que este dejaba en Fomento don Manuel Becerra.

Verdaderos refuerzos necesitaba el gobierno para hacer frente á cuanto le asediaba y combatía, tomando parte en aquel batallar los antiguos moderados y nuevos alfonosinos. Procuró el duque de Montpensier la conciliación con doña Isabel con interesadas miras para con don Alfonso, y con pretexto de dar las gracias al marqués de Campo Sagrado por sus esfuerzos para sacarle diputado, le escribió una carta que publicó un periódico inglés, en la que se hacian declaraciones demasiado expresivas en sentido liberal, por lo que quizá se declaró apócrifa, calmándose así algun tanto la tormenta que el documento produjo entre los alfonosinos. Se trabajó en zurrir voluntades y en que se aceptase una nueva carta, y la fechó en París el 17 de abril, manifestando su resolución de permanecer extraño aunque no indiferente, á toda lucha, y creyendo que la monarquía simbolizada en don Alfonso, era la sola que podia ofrecer ancha base sobre que asentarse sus instituciones y asegurar la libertad, «sin aspiración alguna por mi parte, pero deseoso de que mi familia ocupe en las gradas del trono el lugar que las antiguas leyes de sucesión le señalan, ni consentiría que se pretendiera colocarla en otro diferente, ni permitiré jamás que mi nombre sirva de escudo ni de enseña al encubramiento de ningun partido.»

Los que estaban en el secreto de lo que se trataba y sabian la significación de la anterior carta, redactaron sigilosamente, y así se obtuvieron 230 firmas, una carta manifiesto proclamando la monarquía de don Alfonso, y si la catástrofe que proveían ocurría cuando no hubiese alcanzado don Alfonso la edad conveniente para ejercer por sí la autoridad suprema del Estado, la regencia de su tío el duque de Montpensier seria una garantía de buen gobierno y de respeto á las garantías individuales. Sabedores los alfonosinos é isabelinos de la existencia del anterior manifiesto que atribuyeron á unionistas y fronterizos, se prepararon á hacerle frente, y en cuanto se publicó y la carta de Montpensier, que ocasionaron graves conflictos, expusieron á doña Isabel y á doña María Cristina protestando se crease una regencia que considerarían en menoscabo de los derechos que don Alfonso adquirió desde el momento que cumplió la mayor edad, conforme á la ley fundamental á la sazón vigente, y aunque no levantaban bandera de exclusión, sino que admitían á todos los que se les adhiriesen, estando dispuestos á hacer cuantas concesiones fuesen posibles, defenderían por todos los medios legales los derechos de don Alfonso, lo mismo contra el celo extraviado de los amigos, que contra la oposición de toda clase de adversarios.

En frente de este elemento intransigente del alfonosismo estaban los partidarios de la regencia de Montpensier, que decían, como el conde de Toreno, que los amigos del duque eran muy útiles y necesarios; y escribía á la Reina: «A muchos la regencia del señor duque de Montpensier molesta, por la creencia de que acaso eso impida que su partido ó ellos mismos sean los primeros que hayan de intervenir en el poder; pero esta consideración es bien pequeña, pues no hemos de perder la restauración para tener un rey para nosotros, que bien débiles somos, sino para todos los españoles si queremos que tenga fuerza para sostenerse en el trono en época tan difícil para todos los de Europa.»

Después de las famosas reuniones en el hotel Mirabeau y en el palacio Basilevsky, en las que tanto se discutió para apartarse la Reina de toda intervención en la política y de la educación de su hijo, reanudáronse las negociaciones con Montpensier, aceptó este tratar con dos emisarios de Cristina, que formularon el pacto de Cannes, firmado en París—15 enero 1872—en el que el duque reconocía el derecho de don

## CAPITULO VII

Trabajosa organizacion de la guerra civil.—Cuestion artillera.—Abdicacion de don Amadeo.—La Hacienda.

Alfonso, y se proponía colocarle en el trono, con la regencia de Montpensier durante la minoría del príncipe, cuyo mínimo sería 18 años y el máximo 21. Formóse un comité de 12 personas para unir las diversas tendencias de los alfonsinos, pero no duró más que un año. Mal había de conseguir su objeto cuando los principales personajes no estaban unidos; cuando Montpensier escribió á Cristina que no podía continuar ligado á la causa de don Alfonso, porque entre otros motivos no se le había cumplido una de las condiciones estipuladas en la fusion, la union de doña Isabel con su marido, y el duque estimaba que no podía obtenerse ni aspirarse á nada decorosamente mientras continuaran ambos cónyuges siendo motivo de censuras de toda la familia; que tal desavenencia contribuyó en gran parte al alzamiento de setiembre, y se mostraba quejoso de que sin su anuencia se hubiesen hecho ofrecimientos á un general de alta talla política que había ocupado los primeros puestos del país, á cambio del auxilio que pudiese prestar á los restauradores. Doña María Cristina envió esta carta á su hija llamándola la atencion sobre su gravedad, y aconsejándola no se malquistara con el duque; y doña Isabel contestó aceptando la renuncia de este, y declarando que rompía con él toda clase de relaciones. Respecto á los motivos de la revolucion de setiembre, decía que, «algo independiente de mis actos; algo que puede compararse á la deslealtad del hermano, contribuyó á mi caida del trono;» que quedaba en la plenitud de sus régias facultades respecto á su hijo, y que se reservaba asociar á la causa de este y al porvenir de su dinastía, al primero que con fuerza y recursos bastantes levantara en España la bandera del príncipe. No podía expresarse con mas franqueza ni revelarse con mas sinceridad los mas íntimos sentimientos.

Interpretándolos habían ya trabajado otros para efectuar la restauracion por un pronunciamiento, como lo intentó el general Gasset con fondos que facilitó aquella señora, para «mover la corrompida sociedad de nuestro desventurado país y adelantar de una manera rápida el curso de mis trabajos.» No adelantaban estos mucho, porque los recursos escaseaban, y se conoce que se necesitaba entonces bastante dinero para producir alfonsinos; así se condecía la reina de «que no hubiese en los hombres políticos toda la voluntad que para los sacrificios pecuniarios echaba de menos el general.»

Cuando esta señora puso coto á sus desembolsos, se paralizaron algun tanto los trabajos de seduccion; se esperó que la Real Familia se reconciliara por completo; Gasset regresó á Madrid, formó parte del comité de generales, en el que continuó trabajando con escaso éxito; habíase hecho centro de la restauracion el conde de Valmaseda, tomaban en esto una parte activa y algunos interesada, Marchessi, Zapatero, el general de marina Pavía, Buzarán y otros, de acuerdo en su mayoría con Montpensier, que llegó á desalentarse de una manera tan evidente, que produjo reclamaciones y que no hubiera el mejor orden y concierto en los trabajos de conspiracion que se efectuaban, no desconocidos del gobierno, que dió pruebas de generosa tolerancia: ofuscados los alfonsinos procuraron atraerse á los carlistas, considerándolos como elementos afines; lo rechazó la prensa de aquel partido con aspereza y hasta insultando á los que les querían tener como amigos; se recordaron ofrecimientos y adhesiones de generales moderados á don Carlos; se hizo ostensible la falta de armonía en todos, el poco prestigio de los moderados, aun cuando no faltaban individualidades que se movían y traspasaban los mares, para concertarse en Cuba con los generales Caballero de Rodas y Valmaseda.

Eran entonces muchos los que se metían á restauradores; pero han sido mas los que despues han alegado méritos imaginarios. Algunos tuvieron el mérito de disfrutar de lo presente, asegurando el porvenir. Si por estos antes se juzgara la sociedad humana, formaríamos de ella triste idea; son excepciones, que se hallan en los camaleones políticos, no en los francos y entusiastas partidarios de un sistema, en los que forman en un partido de creencias sólidas, de principios definidos, que observan con fe su credo y defienden con valeroso y constante entusiasmo su bandera.

Habia comenzado el año 1873 y la insurreccion carlista no daba los resultados que sus promovedores esperaban, lo cual aumentaba la impaciencia de don Carlos y su ardimiento, revelado en la multitud de cartas y órdenes que escribió, á la vez que se ven en ellas las múltiples emociones de su alma, la constante agitacion de su espíritu, su perenne entusiasmo, aquella esperanza que nunca le abandonaba, aquella fe ciega, jamás desanimado, y siempre trasmitiendo á todos su decision y energía. Oculto en las inmediaciones de Burdeos, se ausentó de ellas por carecer de seguridad, y se estableció entre Toulouse y Tarbes. Ordenó la entrada en España de los comandantes generales, jefes y oficiales que aun residían en Francia y fuesen útiles; que el comandante general de Santander corriera á su puesto y el de la Rioja empezara sus trabajos, deseando verlo todo organizado para ir á participar de las glorias y penalidades de sus defensores; se lamentó de que las cosas en Navarra iban muy despacio, comprendiendo el daño que hacia la falta de fusiles, «lo que ha sido gran lástima, decia, porque han tenido una temporadita en que no habiendo sido molestados, podían haberse organizado muy bien.» Se afanaba por la introduccion de armas, y pretendía hacerlo tambien de un cañoncito que existía en Ginebra.

No se realizaban tantas ofertas de toda especie como se habían hecho á los carlistas, y se aumentaban los disgustos, las acriminaciones y la desunion. En Vizcaya se iba afiliando gente con trabajo, en Alava todo eran dificultades, y en Guipúzcoa no había menos marasmo que en las anteriores provincias hermanas. Esto desesperaba á don Carlos y le impulsaba á escribir á Dorregaray formulando terribles cargos contra Lizárraga, Dorronoro, Velasco y otros, porque no improvisaban batallones de carlistas, y de estos mismos decia que ofrecían sin dificultad sus vidas y pocos lo hacían de sus bolsillos. Para efectuar el alzamiento en Guipúzcoa proponía don Carlos á Dorregaray que pasaran los navarros á aquella provincia, para conseguir así lo que no conseguía Lizárraga y Dorronoro. No merecía este los cargos que se le hacían: hombre práctico, conocedor del país y de los elementos con que se contaba, obraba con prudencia, y no quería secundar aventuras impaciencias. No eran las circunstancias como en abril del año anterior; había muchos desengañados, y oposicion general á tomar las armas; así que Santa Cruz apenas reunió 300 voluntarios, y no se podían reunir mas: de aquí la ida de los navarros á efectuar el alzamiento. Si hubiera habido en Guipúzcoa autoridades liberales á la altura de las circunstancias, no habría tomado la guerra en esta provincia las proporciones que tomó. Fué previsora la diputacion guipuzcoana creando un cuerpo franco de 500 hombres á costa de la provincia; pero no bastaba este número ni aun para evadir la recluta que hacían los carlistas, presentándose el 4 de enero en Regil don José Ignacio Vicuña con 100 hombres armados; se racionó y marchó hácia Beizama; Santa Cruz, Soroeta y demás seguían instruyendo á su gente y procurando molestar cuanto podían (1). El cura Goirieta entró 5 días

(1) Lizárraga ordenó el 6 de enero á todos los jefes de estacion del ferro-carril, considerando que la circulacion de los trenes y comunicaciones telegráficas eran el arma mas poderosa con que un gobierno ateo contaba:

«Artículo 1.º A las seis horas de recibir esta mi comunicacion, deberán quedar desocupadas y cerradas todas las dependencias de la vía que están á su cargo.

«Art. 2.º Pasadas las seis horas serán hostilizados todos los maquinistas que conduzcan trenes y fusilados todos los empleados que sean aprehendidos en el servicio de la vía férrea, previa identificación de sus personas, conviccion de la falta de cumplimiento á esta mi orden, y despues de recibir los auxilios espirituales.

«Art. 3.º Trascorridas las seis horas, principiará el deterioro en la vía, cuya indemnizacion jamás podrá tener la empresa derecho á reclamar.

«El que sea católico español ante todo obedezca mis órdenes, si es que ama á su patria y no desea sumergir en llanto y luto á su familia y á las de sus dependientes.»

despues en Aramayona, con unos 150 hombres y su charanga. Las correrías de las partidas y los daños que causaban, sin lograrse su exterminio, sobreexcitó la opinion pública en la provincia, se pidió reemplazar con oficiales jóvenes á otros de miqueletes que por su edad, aunque no muy avanzada, no podían emplear aquella incesante actividad propia de la juventud y exigida por la clase de guerra que se hacia; mas no era de ellos solos la culpa, la había en las órdenes que recibían de la autoridad militar y aun de la misma corporacion foral, sin prescindir de que no podía menos de concederse algo á la clase de enemigos que había que combatir y á la naturaleza especial de aquella lucha.

Empezaron á comprender los pueblos liberales que debían defenderse, y siendo Guetaria uno de los mas decididos, pidió 50 ó 60 fusiles para armarse otro tanto número de voluntarios nacionales, y tuvo que pedirlos la diputacion al gobernador militar, al que no le sobraban.

Los carlistas, especialmente el cura Santa Cruz, empezaron á dar á la guerra carácter de bandolerismo; se robaba á los viajeros, se fusilaba sin los auxilios espirituales al alcalde de Anoeta don Rafael Francisco Olamendi, lo cual ocasionó terribles represalias en Tolosa, expidiendo en su consecuencia Santa Cruz una terrorífica circular á los pueblos, que les aterrorizó, y la diputacion, en su vista, dispuso que cuatro columnas de miqueletes se dedicaran exclusivamente á perseguir al cura. Fué activa la persecucion, pero aquel constante subir y bajar montañas era ineficaz; agravábase la situacion de la provincia y la diputacion pidió refuerzos. Eran necesarios si se había de auxiliar á los pueblos liberales que hacían grandes esfuerzos y sacrificios, antes que se vieran obligados á abandonar sus hogares. Ya faltaba la seguridad personal; se hacían secuestros como el del regidor de Fuenterrabía don Salvador Echevarría; se invadían las minas de San Narciso; se recorrían los caseríos inmediatos á Irun, llevándose á la fuerza á todos los jóvenes que en ellos había, cuyos padres se presentaban llorando á las autoridades; lanzábase á la guerra personas acomodadas de Azpeitia y de Azcoitia al saber que se había ordenado su prision; incendiaba Santa Cruz la estacion de Hernani y ordenaba el fusilamiento de Leiza, que salvó providencialmente la vida (1). Imponiéndose los carlistas por el terror, reclutaban forzosamente los mozos en Astigarraga, Alza, Loyola y casi á las mismas puertas de San Sebastian, donde se citaban los nombres de los que engrosaban las partidas carlistas. Consideradas estas por la diputacion como «cuadrillas de forajidos que cometían toda clase de crímenes,» pidió al gobierno la adopcion de medidas extraordinarias, porque solo con el empleo de la mas extrema dureza, decia, era posible cortar de raíz las periódicas perturbaciones del orden que se presenciaban y se reproducían si la lenidad no cesaba.

Hallada por Lizárraga la oportunidad de salir á campaña presentóse en Vergara con unos 80 hombres, permaneció una hora en la villa y marchó hácia Azcoitia, llevándose algunos caballos y fondos de la poblacion y de particulares. Recorrió el valle de Lasarte sacando mozos y ostentóse á poco en Usurbil al frente de unos 600 hombres. Cercano este pueblo á San Sebastian, era una verdadera provocacion. Formóse inmediatamente una columna de poco mas de 300 hombres, cuyo mando se encomendó al coronel de Luchana señor Osta, quien obediendo las órdenes de su jefe salió de la ciudad sufriendo un aguacero torrencial, lo cual, ni las oportunas observaciones del citado coronel lograron detener la salida de aquella columna, que no podía llegar al punto á que se la destinaba en buenas condiciones para pelear, y menos para atacar al enemigo de frente y donde quiera que lo hallara.

Poseionado éste de la ermita de San Esteban, frente á Usurbil, á la izquierda del río Oria, que se interponía entre el pueblo y la posicion de los carlistas comunicándose por el

(1) Al ir á fusilarlo en Astigarraga, cuyo vicario le confesó, echó á correr, y aunque en la descarga que le hicieron recibió un balazo en un muslo y otro en una mano, era joven, de 23 años, y pudo llegar á Hernani, aunque en deplorable estado.

punto inmediato, no podía ser mas excelente su situacion: los árboles y unas cercas de piedra les servían de parapeto y les daban completa seguridad. Bien lo conoció Osta al divisarlos desde la carretera; pero avanzando á la cabeza, sin vacilar y de frente hácia el enemigo, atravesó el puente, le dejaron los carlistas que fuera ascendiendo la montaña, y ya cerca de ellos, una descarga á quemarropa rompió la unidad de las fuerzas liberales y se introdujo el desorden. Trató de restablecerlo el bizarro coronel, y llevado de su arrojo, guiado por su pundonor y queriendo mostrar á sus soldados cómo se avanzaba, lo hizo de frente, y cayó atravesado de un balazo el cráneo. El segundo jefe de la columna que tomó el mando, no pudo disponer otra cosa que una prudente retirada á Usurbil.

Este desastre causó gran consternacion en la provincia. Súpole Moriones al llegar á Zumárraga, y al ir á San Sebastian por el ferro-carril, los carlistas que habían incendiado la estacion de Otzaurte, apostados entre Villabona y Andoain, hicieron una descarga sobre la máquina exploradora, y otra al tren en el que iba el general, hiriendo á uno de sus soldados. El de viajeros fué apedreado al día siguiente en el mismo sitio: eran recibidos otros trenes con descargas, y constantemente se estaban levantando rails.

Creyó la diputacion, ó mas bien el diputado general señor Aguirre, impedir tales desmanes poniendo á precio la cabeza del cura Santa Cruz, ofreciendo por ella 10,000 pesetas, y Lizárraga á su vez ofreció 20,000 por la del señor Aguirre. No produjeron resultado alguno estas medidas, continuaron merodeando las partidas carlistas por los montes, fué batida la de Santa Cruz en Alquiza, efectuóse la expedicion navarra á Guipúzcoa, pero se luchaba aquí con el inconveniente de la falta de municiones, por lo que Dorronoro creía indispensable limitar el movimiento de la provincia á 400 hombres en cada uno de los partidos forales, armados con carabina giratoria, cuyo número ascenderia poco mas ó menos á 1,600: «sacar gente y no municionarla, es llevarla á la carnicería, es hundir el país y perder la causa, y no seré yo quien contraiga semejante responsabilidad....» Muy grato me sería levantar en Guipúzcoa 6,000 hombres, cosa que no sería difícil, con 6,000 fusiles y diez millares de cartuchos, y á condicion de no descuidar este ramo.»

Aunque tales obstáculos tenían que vencer los carlistas, la situacion de Guipúzcoa empeoraba: la comunicacion del ferro-carril, ya muy expuesta, se iba á ver interrumpida: las operaciones militares no daban grandes resultados. La vanguardia de las fuerzas que guiaba el general Gonzalez, capitan general del distrito, tropezó en Iturrioz con los carlistas que aguardaban en buenas posiciones, y cuando menos lo esperaban los liberales recibieron una descarga que les causó muchas bajas é introdujo gran desorden y pánico, dispersándose unos, tirándose otros al suelo; mas apercibióse á tiempo el general, y ayudándole su E. M. contuvo la fuga ya iniciada, enseñando á todos con el ejemplo, el puesto de honor. Restableció el orden y la disciplina, los aterrados poco antes recobraron su ardimiento y lanzáronse impávidos á la voz de su jefe sobre las posiciones enemigas conquistándolas á la bayoneta. Derramóse abundante sangre, inclusa la del jefe liberal, pero produjo esta accion buen efecto moral en los pueblos de aquella jurisdiccion, regresando á sus casas muchos de los mozos que los carlistas habían sacado de ellas.

Mientras Santa Cruz apaleaba en Zarauz á infelices dependientes de la fábrica del señor Veá Murguía, entre los aplausos de una multitud tan soez como fanática (2), y unido con el cura de Orio sacaban los mozos de los pueblos de la costa, sin exceptuar los casados, é incendiaban el puente de Orio, Lizárraga con Olla, guiando ambos unos 2,000 hombres, se situaron entre Azpeitia y Azcoitia, atacando aquel al primer pueblo con unos 700 navarros y guipuzcoanos: defendiéronse valerosos los carabineros, civiles y voluntarios, rechazando la acometida que duró tres horas: ambos combatientes experimentaron algunas pérdidas. Los carlistas se re-

(2) Los apaleados Jaime Forn, maquinista catalán, y José Larrañaga, del mismo Zarauz, murieron de resultados de tan inhumano castigo.